

Viernes 9 de septiembre  
**Mesa redonda Experiencias de solidaridad con refugiados y migrantes (I)**  
**Padre Ángel García**  
**Presidente de la Fundación Mensajeros de la Paz**

Muchas gracias por invitarme a este congreso, pero os confieso, y por favor creedme, que se está mucho mejor sentado ahí donde estáis vosotros que aquí.

He venido varias veces a este congreso y he estado ahí entre vosotros, podéis estar seguros que es un privilegio mayor el estar sentado ahí que estar aquí, no es una humildad fingida, es de verdad.

A mí cada vez, con los años, me cuesta más el poder estar en un púlpito, [que he estado pocas veces](#), o en una tribuna como esta.

Ayer por la tarde decía que las personas que venimos aquí somos personas que creemos en lo que creemos. Creemos en Jesús encarnado en los seres humanos, aunque a veces nos quieran poner calificativos o nosotros mismos nos los ponemos tontamente a nosotros mismos, calificándonos de altos o guapos o de izquierdas o derechas, cuando lo que realmente somos es personas sin más.

Ayer oía a Helena una conferencia preciosa, que si yo no hubiera escrito ya lo que os voy a decir repetiría lo mismo que ella y la directora de ACNUR decían: “Los refugiados son personas, no son objetos”.

Venir aquí a hablar que hay 65 millones de personas que han abandonado sus casas y que más de 20 millones de ellos ha sido para huir de la guerra, decir como decía que los refugiados son personas, no objetos ni causas de estudio. Por eso vengo aquí a deciros que he estado con ellos, y deciros, como ha dicho el Papa Francisco, “que esto es la guerra”, a trozos, pero la guerra.

A uno le duele cuando ve, toca y malcome con los refugiados. Aun así, quisiera también deciros las mismas palabras que dijo Elsa, “quiero daros buenas noticias”. La buena noticia es que en una encuesta realizada a 27.000 personas, en 27 países, una de cada 10 personas encuestadas admitiría a un migrante o refugiado en su hogar. Otra buena noticia, [decía Helena y yo repito aquí, es que en la mesa de ellas, y también lo decía el Padre Jesús Baeza, ya había dos mujeres para inaugurar el Congreso](#), y hoy aquí conmigo también dos mujeres: Rita Maestro y Marta González..

Otra buena noticia es que gracias a hombres y mujeres como vosotros, [no es que se sepa que el no es no o el sí es sí](#), sino que las concertinas son vallas con cuchillas y que cortan.

Muchísimas gracias a todos por darme esta oportunidad de palabra. Hace un año precisamente que viajé por primera vez a las fronteras de Europa, instado por el problema de los refugiados, deseoso de acercarme a conocer la ola migratoria y sus motivos desesperados. Fui con un equipo de Mensajeros a Budapest, donde encontramos a cientos de personas hacinadas en una estación. Procedentes de Siria, de Irak, de Afganistán, la mayoría hablaba en inglés y pedía una explicación. Cómo continuar el camino.

Me senté con unos jóvenes que hacían un círculo alrededor de un enchufe. Cargaban sus móviles, donde atesoraban, seguramente, imprescindible información para su futuro. La dirección de un pariente en Alemania o en Suiza, quizá. Ese teléfono les ayudaba a mantener la calma en medio del caos.

Vimos de cerca la violencia policial húngara, y comprobamos la desilusión de las familias, que se dieron cuenta de que empezaba para ellos algo así como el juego del balón prisionero: un infierno a superar para poder tocar la bandera del país europeo donde esperaban llegar.

No era la primera vez que me enfrentaba a lo que la prensa llama ‘refugiados’. Y digo prensa porque a veces parece que los que ponen las etiquetas son los periodistas, en lugar de que tengamos las diferencias claras en el ámbito legislativo. Refugiados de Sri Lanka en la India, por la guerra y la naturaleza. Refugiados iraquíes en Jordania, en el proyecto que Mensajeros de la Paz desde hace más de dos años desarrolla en Amán.

Pero no era lo mismo. Los refugiados de Irak o de Siria en Jordania, a los que visito con frecuencia, se han quedado dentro de la misma cultura que era suya. Los que están fuera de Zaatari (yo he conocido por dentro el campamento que llaman la tercera ciudad más poblada de Jordania) extrañan su patria, pero comparten costumbres con la de acogida. Sin embargo, los refugiados que están llegando a Europa están entrando en un continente egocéntrico, que ha empezado muchas guerras y al que acoger al diferente le cuesta, en especial por las barreras alzadas en diferentes países. Empezando, por supuesto, por nuestra España con su valla de Melilla y esos CETIS que muchos de los que estamos aquí conocemos por dentro. Supe, en consecuencia, que habría dificultades. Sobre el papel y en la práctica. Y las hubo.

Empezamos a colaborar con Remar, una ONG que es como la nuestra: española pero internacional. No nos conocíamos de antes, pero nos entendimos bien en nuestras prioridades: con los pobres para los pobres.

Gracias a esta alianza de fuerzas y a que la empresa AMA nos donó nada menos que un millón de euros para iniciar proyectos en las fronteras, nos trasladamos a Croacia, a Macedonia y a Serbia. Puntos calientes en la ruta de los Balcanes a los que llevamos comida en cocinas móviles, mantas, ropa, camas plegables y campers.

Y es que los refugiados llegaban mojados, sucios, agotados y hambrientos. No vi a una o dos familias: vi a cientos de personas acercarse a nuestra carpa suplicando un té caliente, un pantalón sin rotos o unos calcetines secos.

En cuanto al perfil de los refugiados, ¿qué puedo contaros que no hayamos leído en los periódicos! Era muy diverso, aunque está claro que obedecía a criterios económicos: los pobres directamente se quedaban en Oriente Medio. No podían costearse la ruta.

Mensajeros empezó el 2016 en Lesbos. La tele vomitaba a diario los naufragios en el Mediterráneo, y en esa costa vimos que eran de verdad. No vi a Aylan, pero vi a otros niños que lloraban. Vi a la Policía Solidaria y a los de Proactiva hacer tristes y valientes rescates. Pero no vi a ninguna otra ONG. Tampoco a ningún ministro, aunque más tarde, en abril, a esa ministra Noruega de inmigración no le dolerían prendas para tirarse al mar y sentirse como un refugiado.

Es una vergüenza. En abril, precisamente, los de Mensajeros y Remar ya trabajábamos en varios campamentos de Grecia. Habíamos visto la transición de la acogida en estadios polideportivos a la detención en campos militarizados. Allí se quedaron los refugiados: entre las mismas concertinas que en Melilla. Y nosotros también nos quedamos, dentro de Moria en Lesbos, dentro de Ritsona y Malakasa en Atenas.

Mandando 65.000 euros mensuales a las fronteras europeas y a nuestro proyecto permanente con refugiados en Jordania, pese a nuestros limitados recursos queríamos ayudar lo que pudiéramos. Con ropa. Con actividades escolares y lúdicas para los niños. Con lo que fuera.

El Pireo se convirtió en una terrible entrada de refugiados. Pedimos un barco. Un barco de esos turísticos que están atracados, vacíos, pero llenos de lujo por dentro, pero no nos escucharon. Dignidad: nada más que eso pedíamos. Mientras los refugiados esperaban un papel, una respuesta, una llamada, ¿por qué no podían hacerlo dignamente, en lugar de hacinados en un hangar? En el Pireo las enfermedades corrían por entre las tiendas de campaña. Las peleas, entre las cuerdas de la ropa, porque una familia le quitaba el espacio a otra... Las condiciones eran inhumanas y las reacciones, en consecuencia, lo eran también. Las familias estaban aburridas, porque no podían hacer nada durante todo el día. Y eso desequilibra a cualquiera.

Por eso nosotros, como en Malakasa, como en otras de nuestras carpas, abrimos una escuela en el puerto de Atenas. Los niños venían a jugar y a aprender idiomas con nuestros voluntarios. Los padres a relajarse tomando una pieza de fruta y mirando dibujar a sus hijos, como si siguieran en casa.

Pero es todo lo que nosotros podíamos hacer. Las buenas noticias no llegaban. Precisamente en abril Europa firmó el Tratado de la Vergüenza. Las deportaciones

indiscriminadas a Turquía. La creación sistemática de miedo entre los europeos. La deshumanización de los refugiados.

De eso hablaba hace poco en un reportaje la periodista de Europa Press Isabel Vega, en El Diario: hemos deshumanizado a los refugiados, les hemos tratado como animales o, peor, como números, pero lo más triste es que nos hemos deshumanizado a nosotros mismos.

Ya no somos tan humanos, porque vemos imágenes de una dureza impresionante y no nos duelen: nos han acostumbrado. Ya no somos tan humanos, porque no nos hemos manifestado más de cinco tardes en la Puerta del Sol a favor de la acogida de refugiados. Podemos olvidarles. En lugar de luchar, hemos asumido la vergüenza de que nuestros políticos les marginen.

480 mil refugiados necesitan ser acogidos, y sólo se ha dado refugio a 81 mil entre 40 países. La opción del paternariado en Canadá, en Europa no existe. Alemania empezó con una política generosa, y recuerdo que yo dije: ¡el Nobel de la Paz para Ángel Merkel, si hace falta! Pero las ayudas no tardaron en desaparecer. Aun así, Alemania ha recibido el doble de refugiados que España. E Italia es el único de la Unión Europea que da protección en más del 80% de los casos.

Todo muy decepcionante. Y por eso las instituciones no gubernamentales no nos podemos ir. Si cierras las vías seguras, les arrojas a las mafias. Si llenas de espinos el recinto, les encierras en una cárcel. Son gestos evidentes que Europa no puede defender atendiendo a los derechos humanos. Pero ahí están, consolidados en la práctica.

El ejército griego nos pidió, cuando muchas ONG se marcharon para protestar, que nos quedáramos en Moria y siguiéramos repartiendo menús. Con los del camión que ellos traían cada día, no era suficiente. Ellos traían 1.200 raciones, y en Moria, cuando vino el Papa, por ejemplo, había más de 1.700 personas. Por lo que nosotros asumíamos lo demás. Ellos venían una vez al día, así que también asumíamos desayuno y cena.

Nos encontramos de repente en una situación especial: en las zonas militares de Grecia los refugiados no podían salir, y el ejército sólo nos dejaba entrar a nosotros para proporcionar alimentación y ropa. El privilegio, nos dijeron los militares, se debía a que nos conocían; a que habían visto que nuestro trabajo de meses era el único que nunca había sido intermitente. ¿Cómo íbamos a marcharnos, entonces?

Aquí hemos seguido, y ha habido incluso quien nos ha criticado, a Mensajeros, por canalizar ayuda dentro de los campamentos, sometiéndonos a las reglas de los militares, en lugar de irnos a protestar por el pacto de la vergüenza y las deportaciones.

Yo lo respeto, pero no puedo evitar acordarme de Henri Dunant, el fundador de la Cruz Roja, cuando hubo gente que criticó que le dieran el Nobel alegando que humanizar la guerra no era ningún mérito. Él atendía a los soldados caídos cuando la costumbre era dejarlos tirados en la tierra, entre los gemidos de su agonía, y ni enterrarles. Se comprometió con la realidad no cuando le vino bien, sino cuando se encontró de bruces con esa necesidad.

Pues esto, si me permitís, es igual: ¿cómo vamos a dejarles en un campo del que no van a sacarles –del que, al menos nosotros, no hemos visto salir a nadie más que para ser deportado- sin siquiera comer? Familias enteras, jóvenes formados, trabajadores de clase media cuya vida la ha destrozado la guerra.

No olvido que sus perfiles son diversos, pero que todos piden lo mismo: paz, acogida, volver a empezar. Y las ONG no podemos darles el permiso de acogida. Mensajeros de la Paz no es Acnur. Pero podemos ayudarles de manera constante, acompañarles en el tránsito, informarles de sus derechos y sensibilizar a la sociedad de nuestro deber de acoger a quien huye de la guerra y la violencia.

Si por hacer eso estamos humanizando el drama de los refugiados, su camino de trampas; si con eso estamos civilizando su detención en campos de internamiento, ¡claro que lo vamos a seguir haciendo! Aunque nos critiquen.

En el mismo libro donde habla de Dunant, Gabriel María Otalora emplea la metáfora de cocinar un plato de huevos fritos con jamón. Se pregunta quién aporta más, si la gallina o el cerdo. Lo cito textualmente: “La gallina pone los huevos, lo que naturalmente implica esfuerzo y complejidad. Participa en el proceso, pero no está comprometida. El cerdo, en cambio, pierde la vida para hacer el jamón”.

Los refugiados han venido porque en sus países se enfrentan a una situación durísima. Está en nosotros comprometerlos, como la gallina o como el cerdo, pero es evidente que es urgente que nos comprometamos o que no olvidemos nuestro compromiso ya adquirido.

Dar a estas personas alimento, ropa y cobijo es colaborar como las gallinas. Es el poder de las ONG. Pero abrir voluntades políticas para canalizar una acogida segura es mucho más, y es lo que esperamos de los políticos.

Quiero terminar recordando algo evidente, que llevo repitiendo todos estos meses, pero sin intención de ofender, sólo de aclarar los conceptos:

1. *Los refugiados y las refugiadas no son terroristas.* Es más, también huyen de las bombas y la persecución del ISIS. Los que son cristianos, también los que son musulmanes y los que no practican ninguna religión.
2. Cualquiera de nosotros podría haberse visto en esta situación, y merecería una oportunidad.
3. Europa tiene estructuras, fondos y recursos suficientes para dar solución a este problema. Lo que no hay es una voluntad política unánime.

4. Es una vergüenza que los gobiernos se hayan puesto de acuerdo para firmar deportaciones y no para organizar acogidas. Que hayan incumplido el compromiso de las cuotas.
5. Por el contrario, las ONG agradecemos haber encontrado, para dar respuesta a este problema, a tanta gente normal dispuesta voluntariamente a hacer cosas extraordinarias por los demás.

Bienvenidos/as, refugiados/as Os estamos esperando. Sabemos que venís con buenas intenciones. Con ganas de vivir la oportunidad de elegir la libertad sin ira. No podemos imaginar el duro y exigente camino que habéis recorrido, pero deseamos con todas nuestras fuerzas que no se repita un drama similar en Europa. No en la Europa cuna de la libertad. La que aprendió de dos guerras la importancia de vivir sin bombas, en democracia y con el derecho a la libertad de expresión, de religión y de cuidar de nuestra familia y asegurarla un futuro mejor.

Muchísimas gracias a todos por escuchar mi experiencia y por luchar por que los refugiados y las refugiadas reciban la digna acogida que se merecen.

Miles de gracias.